



Napfeot sc.

Imp. Ch. Charbon cité

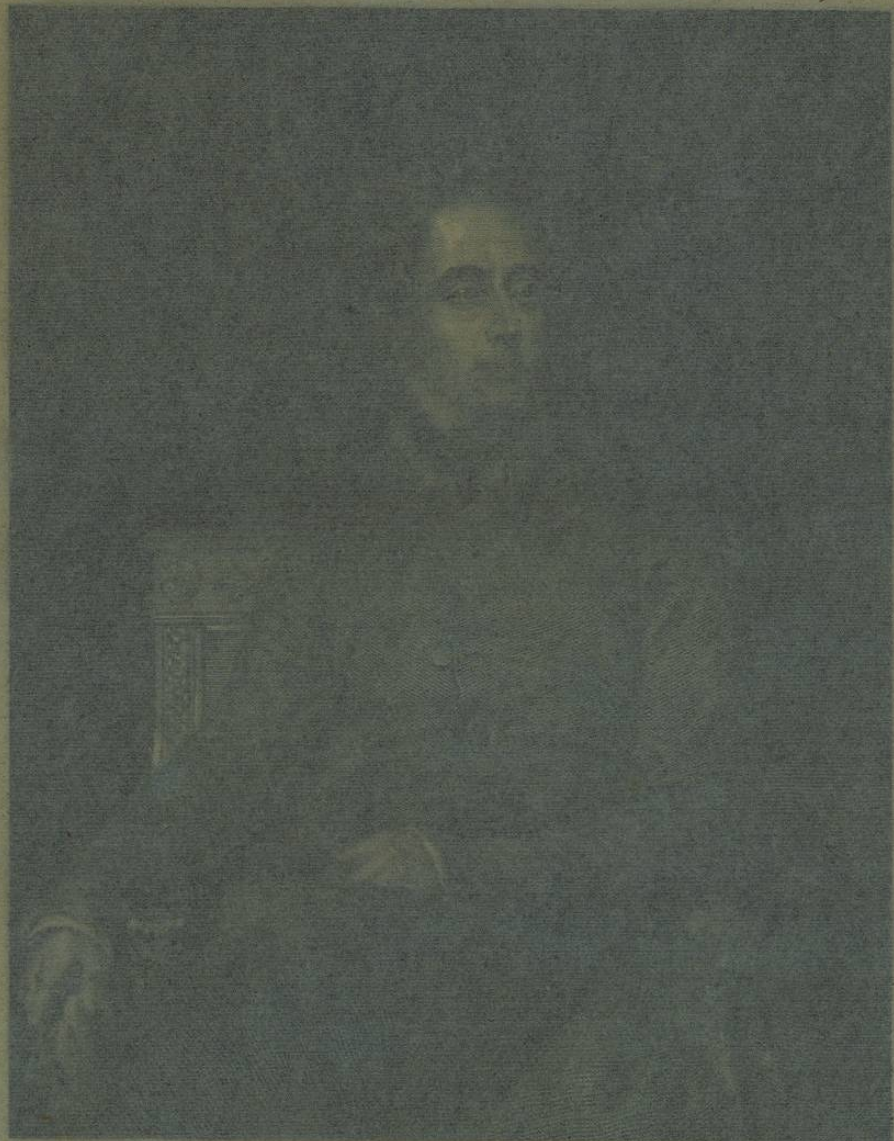
LAMARTINE

Garnier frères Éditeurs.

LAMARTINE

En el libro de *Confidencias* Lamartine de sus *Confidencias* el
culminante de su genialidad, el acontecimiento capital en que
el corazón (por el que nada pasa más que una sola vez),
el secreto que, en la esfera de la sensibilidad y la pasión, domina
la vida humana. El episodio de *Elvira*, con toda la importancia,
que el autor del libro haya podido darle, revela
el secreto de su vida. La vida napolitana es en parte
una aventura de gracia, y no queda más que una aventura de gracia,
idealizada por el artista, elevada á las propor-
ciones de una belleza, pero aventura al fin de esas que apenas si dejan
huella en la vida y que sólo se vuelven á encontrar en las lentitudinas
del pensamiento cuando el poeta ó pintor experimenta la necesidad
de buscar en ellas asuntos de elegía ó de cuadro. No sucede lo mismo
con la mujer cantada bajo el nombre de Elvira. En esta parte hay
algo de un destino y casi una religión. Se concibe que el autor haya
querido tratar aparte este recuerdo único, sin confundirlo con la multi-
tud de sus reminiscencias.

Un relato sencillo, exacto, circunstanciado y fiel de esta pasión
misteriosa, que el poeta de las *Meditaciones* ha celebrado sólo á
veces y como ocultándola, pasión que parece haber dado á su genio
una impulsión secreta, sería infinitamente precioso como estudio, sería
una lectura altamente interesante. ¿La memoria de Elvira ganaría
con ello? ¿Aquella figura vaga apenas entrevista al fulgor de las
estrellas quedaría despues de estudiada tan elevada y pura? ¿No
es más, cuando se ha producido universal emoción en torno de un



LAMARTINE

LAMARTINE

Con el título de *Rafael* extrajo Lamartine de sus *Confidencias* el suceso culminante de su juventud, el acontecimiento capital en que juega el corazón (por el que nadie pasa más que una sola vez), acontecimiento que, en la esfera de la sensibilidad y la pasión, domina toda una existencia. El episodio de *Graziella*, con toda la importancia, con todo el interés que el talento del autor haya podido darle, revela composición, deja traslucir el arte. La linda napolitana es en parte una creación. Después de todo, quitad el cielo de Italia, suprimid las mediterráneas ondas, y no queda más que una aventura de griseta, aventura embellecida é idealizada por el artista, elevada á las proporciones de la belleza, pero aventura al fin de esas que apenas si dejan trazas en la vida y que sólo se vuelven á encontrar en las lontananzas del pensamiento cuando el poeta ó pintor experimenta la necesidad de buscar en ellas asuntos de elegía ó de cuadro. No sucede lo mismo con la mujer cantada bajo el nombre de Elvira. En esta parte hay todo un destino y casi una religión. Se concibe que el autor haya querido tratar aparte este recuerdo único, sin confundirlo con la multitud de sus reminiscencias.

Un relato sencillo, exacto, circunstanciado y fiel de esta pasión misteriosa, que el poeta de las *Meditaciones* ha celebrado sólo á medias y como ocultándola, pasión que parece haber dado á su genio la impulsión secreta, sería infinitamente precioso como estudio, sería como lectura altamente interesante. ¿La memoria de Elvira ganaría con ello? ¿Aquella figura vaga apenas entrevista al fulgor de las estrellas quedaría después de estudiada tan elevada y pura? ¿No vale más, cuando se ha producido universal emoción en torno de un

sér ideal, quedarse á distancia respetuosa? Yo así lo creo; pero sin embargo, un relato fiel en que el hombre se acordara de todo y lo dijera todo, sería, repito, de gran precio y pudiera ser una delicia.

En *Rafael*, vemos desde luégo que no es tal relato lo que el autor quiere darnos ni lo que debemos esperar. Retrocediendo ante una revelacion directa, franca y desnuda referida á una época tan próxima, veló su indiscrecion con algunas precauciones y con algun disfraz. No es él, es un amigo (el mejor y más bello de sus amigos, es verdad), quien al morir le dejó un manuscrito. Se dirá que el velo es trasparente, mas no se dirá que no hay un velo. El relato se intitula: *Páginas de los veinte años*. En realidad, el hombre que amó desde 1816 á la mujer celebrada con el nombre de Elvira, tenía á lo ménos veinticinco años; estaba más cercano á los treinta que á los veinte. No consigno estos primeros detalles sino para mostrar que en este relato en prosa no debemos hacernos la ilusion de encontrar la verdad y realidad de un asunto que tanto nos interesaria expuesto sencillamente. Ha de haber necesariamente algo de novelesco entre los sentimientos vivos y reales. No debe admirarnos, pues, que leyendo estas páginas encontremos revueltos y mezclados los más delicados toques, los pensamientos propios para conmovér, con otros artificiales. Teniamos en las *Meditaciones* la poesía pura; ¿tendremos aquí la realidad viva? No; sólo tendremos una semi realidad; siempre poesía, pero poesía de segunda inspiracion, poesía puesta en novela.

Conozco bien que debo pedir perdon por mi temeridad á muchos de mis jóvenes lectores y particularmente á mis lectoras (1). Las páginas de *Rafael* encierran, en efecto, más de lo necesario para seducir á la primera lectura á ingonios y corazones dispuestos á admirar y deseosos de encontrar pretextos para encantarse. *Rafael* es un libro de amor escrito con prodigiosos defectos y con raras bellezas, por la pluma de estos tiempos mas rica, flexible y abundante.

(1) Y tambien á mi amigo Arsenio Houssaye que se ha hecho intérprete de ellos en *El Constitucional*, en el primer momento de la publicacion de *Rafael*. El gracioso poeta de las rosas y de la juventud me dispensará el ser ménos joven y ménos indulgente que él.

Los defectos del libro son precisamente los de nuestro tiempo, es decir, aquellos á que son ménos sensibles los lectores ordinarios, los cuales llegan á veces á ser sensibles en sentido inverso, considerando tales defectos como cumplidas bellezas. En todo caso, cuando se es joven, aún siendo la distincion misma, no se perciben estos defectos á la primera lectura; sólo se ve lo que agrada, lo que nos ofrece la más moderna expresion idealizada de nuestros sentimientos, de nuestros deseos, de nuestra situacion. Estas páginas que no han servido aún á ninguna otra generacion, que parecen hechas para nosotros, llegan á ser miradas como propias é íntimas. Nos lisonjean en las más secretas fibras. Con ellas acabamos el pensamiento de la víspera y comenzamos el sueño de hoy, de ellas hablamos al vernos, nos recomendamos su lectura y marcamos en el volúmen lo que otro ha de leer. Esta clase de obras que una generacion acoge á su nacimiento, que los enamorados pueden leer juntos y con las cuales se ama, por decirlo así, son muy difíciles de analizar; parece como que el crítico notando los defectos se entromete en los sentimientos más particulares y queridos y hace el papel de un agua-fiestas. M. de Lamartine lo sabe bien; me aseguran haberle oido esta frase: «¿Qué importa? Dígan lo que quieran, tengo de mi parte á las mujeres y á la gente moza.» Agradable auditorio ciertamente, pero no definitivo, pues los mismos jóvenes dejarán de serlo y cuando vuelvan á leer el libro se sorprenderán. Despues llegan las nuevas generaciones y ya no se dejan seducir por los mismos defectos, quieren otros, necesitan sobre todo que se renueven las modas, las vestiduras de sus sentimientos. Llegado este caso ya no se juzga el libro sino por el peso del mérito y del talento. Un artista serio debe pensar en este severo dia siguiente. Es verdad que M. de Lamartine en la embriaguez del triunfo ha podido creer que tal dia siguiente no habia de llegar nunca para él. Hace treinta años que sus *Meditaciones* apasionaron á la juventud más escogida de aquel tiempo. Treinta años despues, con aquella misma Elvira convertida en Julia, puede creer que arrebatará de nuevo á toda la juventud. Mucho se engaña, estamos convencidos, si se figura semejante cosa. La seduccion no es ya la misma. Sin embargo, no está agotada aún, pues hay en el destino del poeta, seductor á la vez de los padres y los hijos en el mismo tema del

amor, algo que recuerda verdaderamente el destino de Ninon. Pero sea como quiera, el día siguiente llega más tarde ó más temprano. En cuanto á mí, que en mi calidad de crítico pertenezco á dicho día siguiente más de lo que yo querría, pregunto despues de haber leído *Rafael*, no si contiene bastantes bellezas para conmover los corazones ávidos de la juventud que lo devoran todo, sino lo que piensan los espíritus que con la edad se han hecho más difíciles y delicados, los que llevan consigo el sentimiento de la perfeccion, los que tienen necesidad de ver lo natural hasta en el idealismo.

Pasaré á la ligera sobre el prefacio, en el cual nos es presentado y descrito Rafael, el mejor amigo del autor, en todos los detalles de su belleza. No conozco nada ménos interesante que un hombre que se contempla y *adonisa*. Rafael posee las perfecciones todas en lo físico y en lo moral; reúne los dones del ángel su patrono y las dotes del gran pintor su tocayo. Dejo á un lado lo físico; sobre este punto no haré más que una sola observacion. El autor, tratando de aplicar á su héroe el tipo de la belleza del gran pintor de Urbino, olvidó una cosa: que la primera, la soberana impresion que hace en nosotros la vista de una imágen de Rafael, es de castidad y pureza virginal. Ahora bien, mal puede recibirse esta impresion, cuando el autor en la descripcion que da del retrato del pintor describe sus ojos « embebidos de luz, pero un poco húmedos con los resplandores *desleídos* en el rocío y en las lágrimas ». Encuentro aquí una intencion voluptuosa que no resalta en ninguna figura pintada por Rafael, ni aún en la suya propia. Rafael pudo tener algo de voluptuoso en su vida; M. de Lamartine se lo atribuye gratuitamente á su pincel.

Pero volvamos al Rafael de hoy, al de M. de Lamartine: « Si hubiera tenido un pincel, dice el autor, hubiera pintado la Virgen de Foliño; si hubiera manejado el cincel habría esculpido la Psiqueo de Canova; si hubiera conocido la lengua en que se escriben los sonidos habría sabido interpretar los gemidos del viento en las fibras de los pinos de Italia... De haber sido poeta, hubiera escrito los apóstrofes de Job á Jehová, las estancias de Herminia, del Tasso, la conversacion de Romeo y Julieta á la luz de la luna, de Shakspeare, el retrato de Haydé, de Byron... Hubiera vivido en las antiguas repúblicas en que el hombre desenvolvía sus facultades en la libertad, como el cuerpo

al sol y al aire libre, y de seguro hubiera aspirado á todas las cimas como César, hubiera hablado como Demóstenes, hubiera sabido morir como Caton. »

Caton, César, Demóstenes, Tasso, Shakespeare, Job y *tutti quanti*, todo esto en un solo hombre, sea. Cuando nos ponemos en las vias del ideal es mejor no detenerse á la mitad del camino en lo que se refiere á la ambicion. Pero M. de Lamartine, despues de haber hablado así de Rafael, no tiene más que una respuesta que dar á los que le pregunten si Rafael no es él mismo; debe responder como lo hacía Rousseau á los que le preguntaban si habia querido pintarse en su Saint-Preux: « No, decia, no es lo que yo he sido, sino lo que habria querido ser. »

Principia la novela por una descripcion de los lugares, del lago y las montañas, que van á ser como la decoracion de aquel amor: « No se comprende bien un sentimiento fuera de los lugares en que fué concebido... Quitad las escarpadas rocas de Bretaña á René, las sabanas del desierto á Atala, las brumas de Suabia á Werther, las ondas impregnadas de sol á Pablo y Virginia, y no comprenderéis ni á Chateaubriand ni á Bernardino de Saint-Pierre, ni á Goethe. » El cuadro del lago y de los montes estaria muy bien, si en breve no se hiciera demasiado grande empequeñeciendo á los personajes. El poeta descriptivo interviene indiscretamente con sus pinceladas y sus artificios en los sentimientos más egoístas, más personales, de un amor naciente. Los amantes felices encuentran buenos todos los cuadros; llevan consigo lo bastante para embellecer los páramos desiertos. Una variada naturaleza les sirve mejor, sin duda, y los encanta; es el más hermoso complemento de un noble amor. Pero no conviene que el poeta insista en describirla más que lo harian los amantes en su contemplacion. Cuando al salir Rafael de una escena de tempestad, durante la cual ha socorrido y velado á Julia desvanecida, nos describe la abadía de Haute-Combe, en la mañana, con su *arquitectura viva de enredaderas y flores, con sus hiedras flotantes, con sus plantas trepadoras, con su lujo de sol, de perfumes, de murmurios, de santas salmodias de los vientos, de las aguas, de los pájaros y de los ecos...*; cuando exclama: « La naturaleza es el gran sacerdote, el gran poeta sagrado, el gran músico de Dios », se siente obligado casi inmediatamente á